

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á los porteros meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y **10 rs.** porteros, tres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

ADVERTENCIA.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el prospecto de las obras de don **Manuel Silvela**, que insertamos en la última plana de este número: por el interés que gracias á un convenio especial con su señor hijo don Agustín, podemos dar dichas obras á los suscritores de la **Biblioteca popular** y del **Museo de las familias**, por una tercera parte de precio menos que el muy económico fijado para el público, á condición de hacer el pedido antes del 31 de agosto. Los señores correspondientes y suscritores que gusten recibirlas se servirán avisar oportunamente.

En la próxima semana daremos principio á la distribución del tomo 4.º de la **Historia de la Revolución francesa**, y le seguirá inmediatamente el 5.º de los **Misterios de París**.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GUILLOTINADA.

(Continuacion.)

—¡Perdido! me parece sin embargo que no ha debido ser fácil el prenderos, y que si habeis dejado el oficio, habrá sido por vuestra voluntad.

—Se conoce que no os cuesta nada el decirlo, replicó él: si como yo os hubiérais visto ahorcado....

—¡Vos ahorcado!

—Si señor, ahorcado, y por un exceso de devoción. Yo estaba escondido en uno de los impenetrables desfiladeros que rodean á Terracina, cuando una hermosa noche la luna salió tan brillante y tan pura que me acordé de que no había ofrecido á la Virgen, ya hacía mucho tiempo, el diezmo de mi botín. Justamente era la fiesta de la Virgen; toda la Italia había resonado aquel día con sus himnos, y solo yo no la había dirigido mis oraciones: resolví, pues, no retardarlo mas tiempo, bajé rápidamente al valle contemplando con admiración el brillante reflejo de las estrellas en el

vasto lago, y llegué á Terracina en el momento en que la noche estaba mas clara. Yo no pensaba mas que en la Virgen, y atravesé por entre una multitud de campesinos italianos que tomaban el fresco á sus puertas, sin pensar en que todos los ojos se fijaban en mí. Llegué á la puerta de la iglesia, de la cual solo había una hoja abierta, hallándose fijado en la otra un largo papel en que estaban mis señas y el precio por el cual se había pregonado mi cabeza. Entré en la iglesia, una iglesia italiana, con sus arcos ligeros, su mosaico precioso, su cúpula aérea, su altar de mármol blanco, su perfume, y los últimos sonidos del órgano recorriendo todos los ecos, uno despues de otro: la santa imagen de la Virgen estaba rodeada de flores: yo me prosterné en su presencia y le ofreci su parte en el botín, esto es, una cruz de diamantes del antiguo uso de una jóven siciliana, y un cofrecito inglés de un trabajo precioso: la Virgen pareció satisfecha de mi homenaje, yo me levanté lleno de seguridad y de paz, y ya me volvía á las montañas, cuando á la puerta de la capilla me cogieron por detras los esbirros y me llevaron á una cárcel de donde no podía escaparme, porque no había en ella ni muger ni muchacha, ni me quedaba nada con que pagar al carcelero.

—Y os ahorcaron, compadre.

—Me ahorcaron al día siguiente. Querian que no corriese la noticia de mi prision, y pocas horas bastaron para levantar la horca y hallar un verdugo. Por la mañana fueron á buscarme, me sacaron de mi calabozo, y en la última reja encontré varios penitentes italianos, blancos, negros y grises, calzados y descalzos, con una vela encendida en la mano y un *san benito* que les cubria la cabeza, sin otra cosa que un agujero en guisa de ojo; parecian otras tantas fantasmas. Delante de mí iban cuatro clérigos, que llevaban un ataud, rezando al mismo tiempo el oficio de difuntos, y yo caminaba á la horca. La horca era magnífica; era una soberbia ríga levantada sobre un montecillo estrecho; blancas margaritas formaban una alfombra de flores á sus pies; á la espalda se alzaban las montañas testigos de mis proezas: por delante bajaba un precipicio en el cual caía con sordo murmullo un torrente cuyo humedo vapor llegaba hasta mí; al rededor de la horca todo era perfume y luz. Llegué de la-

le de todos y sin temblar al pié de la escalera, pero, echando la última ojeada sobre mi ataúd, y mirándole de una punta á otra, grité—Ese ataúd no es bastante grande para contener todo mi cuerpo; y no me dejo aborrecer si no traen otro de mi estatura; y tomé un aire tan resuelto que el jefe de los esbirros, llegándose á mí, me dijo:—Hijo, seguramente tendríais razón para quejarnos, si ese ataúd hubiese de contener vuestro cuerpo todo entero; pero, como sois muy conocido en el país, hemos decidido cortaros la cabeza luego que muráis, y esponerla en el punto más elevado de la ciudad; ya veis que tendríais bastante sitio.—Me convencí, subí por la escalera y en un abrir y cerrar de ojos me hallé en lo alto de la horca; las vistas eran admirables y el verdugo novicio, de suerte que tuve tiempo de echar la última mirada al congreso. Algunos jóvenes temblaban de furor, entre las muchachas unas lloraban y otras se regocijaban abiertamente, y en medio del gentío un bandido como yo me prometía con los ojos vengarme. Yo me puse á pasear sobre la horca encima del precipicio, y el verdugo me gritó:—Que te vas á matar, aguátame. Al cabo llegó, pero al vértigo se apoderó de él; y las piernas le temblaban; ¡aquella cascada debajo y aquel sol brillante arriba! Por último me echó la cuerda á la garganta, me lanzó al abismo, quise apoyar su inmóvil pié en mis hombros, pero estos hombros son duros y fuertes, el pié de un hombre no puede dejar en ellos su huella, y el de mi verdugo se resbaló; el choque fué violento; al principio se agarró á la horca con las dos manos, después se le escapó una, y un instante después cayó de un golpe al barranco, y llevóse la corriente.

Aquella horca tan risueña, aquella escena de muerte tan alegremente referida, me interesaba de todo punto; hasta entonces no había yo imaginado que una horca pudiese ser motivo agradable de recuerdos festivos; jamás había visto animar la muerte con colores semejantes; por el contrario, todos los que han explotado esa mina fecunda en sensaciones, han tratado á cual mas de ensangrentar la escena, como si en nuestra vida social la paga de muerte no fuese una acción vulgar, una especie de multa cuyo pago es común á todos, cuyo impuesto siempre está pronto, y nada mas. Habí de contemplado así el bandido italiano; sabía que la horca era el reverso de la medalla de su profesión, y tenía en su alma demasiada justicia para quejarse. Quisé, pues, saber sus sucesos desde aquel momento, y á mi ruego continuó su relación.

—Recordad muy bien, dijo sin hacerse de rogar, hasta la menor sensación, y aunque debiera verme de nuevo en el lance dentro de una hora, no por eso estaría más inquieto que en este momento. Luego que tive la cuerda en el pescuezo y que caí de la horca, sentí al pronto mucho daño en la garganta, después ya no sentí nada; el aire llegaba lentamente á mis pulmones, pero aunque comprimidos, la menor partícula del fluido benéfico me

volvía á la vida, y mecido además ligeramente en el aire, yo le respiraba por todos los poros; mas recordo, y es que aquellas mecidas no dejaban de tener cierta delicia, pues veía los objetos como por detrás de un velo de gasa. Un gran silencio fatigaba mis oídos, pensaba no sé en qué, excepto una vez que me acordé haber pensado en el dinero que la vispera había ganado á mi camarada Gregorio, cuando de repente me faltó el aire, dejé de ver los objetos y de sentir las mecidas: me quedé muerto.

—Sin embargo, le repliqué, os hallais entre los vivos como nunca, y es hoy por ello la mas cordial enhorabuena.

—Eso es un gran milagro, me respondió gravemente el bandido. Llevaba ya una hora de estar muerto cuando mi camarada cortó la cuerda, y al volver en mí, mis ojos se encontraron con la benévola mirada de una muger que inclinada sobre mí, me volvía el alma, un alma más pura y mas fuerte. Tenía ella la voz italiana, una gracia italiana, una lengua italiana, todas las perfecciones de una jóven italiana; creí un instante que salía de la tumba y que la virgen de Rafael me recibía en sus brazos. Aquí tenéis, señor, mi historia de bandido; he prometido á la jóven Maria ser hombre de bien si está en mi mano, y espero llegar á conseguirlo por amor de ella; digo mas, tengo ya para ser hombre de bien lo que es mas difícil tener entre vosotros, un vestido decente y un sombrero nuevo.

—También necesitais tener un oficio, le dije yo, y mucho me temo que no conozcáis ninguno.

—Eso es lo que me dicen todos, replicó él; pero por mas que examino, no veo que un oficio conduzca á nada entre vosotros.

—¿Creéis ser mas feliz en Italia?

—En Italia, me dijo, el campo produce todas las mañanas setas bastantes para alimentar á una ciudad entera diez veces mas poblada que la de Roma, y entre vosotros todo se paga, hasta las setas que son mortales.

—¿Pensáis tal vez que el oficio de lazzaroni sea un oficio honrado?

—No le hay mas honrado en el mundo; quien le ejerce ni es amo ni criado, no depende sino de sí propio, no trabaja sino cuando hay urgencia, y jamás hay urgencia mientras hay un sol claro; en fin, se puede ver todos los dias al papa, lo cual vale veinte indulgencias por semana; eso es ser lazzaroni.

—En ese caso, tened la bondad de decirme por qué no os habeis hecho recibir en el gremio.

—Había pensado en ello, me contestó, y aun me lo había suplicado Maria; pero tengo mucho miedo á las erupciones del Vesuvio.

Al mismo tiempo entrabanos en Paris.

La entrada de Paris por la barrera del Buen Conejo es acaso la mas agradable, si bien la mas modesta de todas: llegase á ella después de haber atravesado la campiña y una vasta llanura en que la caballería manobra todas las mañanas; se entra

en una estrecha alameda, se deja á la izquierda la fonda de la *Gran Choca* y todos los alegres ventarillos inmediatos á ella, y de repente se salda al Luxemburgo, amable y tranquilo refugio espresamente construido para aquellos barrios lejanos. El italiano me preguntaba á cada paso admirándose de todo; ya de las viejas que en abundancia pasaban por el jardín, ya de los jóvenes pares que volaban de hacer leyes; asombrábale aquel vasto teatro y aquella Sorbona tan mezquina, aquellos grandes palacios de sencilla piedra sin una estatueta de mármol, sin un hombre ocupado en tomar el sol; los lazzaroni trabajando como presidencios, y otros lazzaroni cantando por las calles con voz desafinada acompañada de un instrumento mas desafinado todavía; los grabados encarnados y blancos á las puertas de los vidrieros, los liestos de flores sin elegancia, y sin que hubiese uno perteneciente á las antigüedades, las calles estrechas, el aire inficionado, las jóvenes cargadas de miseria y sin sonrisa, los mercaderes de veneno en todas esquinas y sin una sola imagen de la virgen. El bandido estaba consternado:—¿Qué oficio voy yo á ejercer aquí? me dijo con un aire de inquietud visible.

—Decidme primeramente ¿qué sabéis hacer? le pregunté yo, algo embarazado con su compañía.

—Nada, me respondió; solo sé que yo tocaría mejor, pintaría mejor, y guardaría un palacio mejor que todos esos que he visto hasta el presente; y en punto á vuestras mercaderes de veneno, mi puñal vale mas que todas sus drogas, añadió con una enérgica sonrisa.

—Si no tenéis otros recursos, os compadezco muy sinceramente, compadre; porque nosotros tenemos sobre el alma quince mil pintores, treinta mil músicos y no sé cuantos poetas, muy atrasados todos de capital; y en cuanto á vuestro puñal os aconsejo que le dejéis quietecito, porque de lo contrario os colgarán de una horca cuya cuerda no se rompe nunca.

—No obstante, aunque esto sea vanidad, yo no canto mal una canción de amor. Cuando estaba en Venecia, los señores mas galantes se disputaban mi persona, para confirmarme la direccion de sus serenatas, y tan bien lo hacia, que mas de una vez me sucedió acabar por mi cuenta la empresa que habia comenzado por cuenta de otro.

—Entre nosotros la serenata sería el mas necio de los oficios. En Francia no hay mas que un medio seguro para conquistar á una mujer, tal es el de darle algo; todas las canciones del mundo no adelantarian nada, y aunque fuérais un Metastasio en persona, las hembras no harian sino reírse de los sonidos lamentables de vuestra guitarra y de los cantos melódicos de vuestro amor en una noche de estío.

—En ese caso, replicó el camarada levantando la cabeza, iré á pedir servicio al rey de Francia, le mostraré como se maneja una carabina y hacerle obedecer de un batallón, y si quiere recibirme en

su servicio, me obligo á hacerle la guardia sin quitárselo en lo mas fuerte de los calores, como al mas osado bandido.

—Sabed, que no se habla al rey de Francia. Por otra parte, respecto de vuestro talento para manejar la carabina, os hallareis entre nosotros con doscientos mil hombres, pagados á siete cuartos y medio diarios, que lo hacen tan bien como vos; y por último es preciso que sepais que no hay en el mundo quien tenga el derecho de guardar al rey, sino una nación estrangera, (1) y desde los tiempos de la Liga no se ha pensado jamás en los italianos.

—¡Ah! dijo el bandido frunciendo las cejas, ¡miserable nación, que no puede alimentar siquiera una buena partida de bandideros con su jefe! si tuviérais el honor de poseer una tan sola, yo mismo iría esta noche á servirla de cocinero y sería muy bien recibido.

—¿A servirla de cocinero? le interrumpí yo ¿de qué clase sería vuestra cocina?

—¡Pardiez! una cocina de camino real, y no sé yo que entre vosotros haya un solo hombre tan tan mal gusto que se resista á comer de mi asada sazonzada con pimienta. Cuando estaba en Terracina, era yo el hombre mas afamado en punto á guisados de liebre y á salsas de anguila de tierra; y así es como lo decidió su eminencia, el cardenal Fesch, que Dios conserve. Una tarde me fueron á buscar al bosque para hacerle la cena, y acabada que fué, juró en su ánima que jamás habia comido en su propio palacio cosa mas esquisita.

Acerqueme entonces á él con aspecto serio y solemne, y le dije:—Os doy la enhorabuena, os habeis salvado. Vuestro talento para el asador os hará recibir entre nosotros mejor que si fuérais un gran general: solo en vos consiste llegar á ser un poder, porque estamos en la edad de oro de la igualdad: recorred á Paris, y en la primera casa que os agrade, entrad con denuevo y decid al amo: *soy cocinero!* probadlo, y en seguida os hallais al frente de los negocios.

El bandido me dió las gracias con un gesto amistoso, y yo me separé de él, tranquilo sobre su porvenir.

CAPITULO XV.

El puñal.

«Los bribones de los turcos me habian puesto al asador.»

ESCRIBIÓ PANTAGRUEL.

La historia del ahorcado no semeja de la memoria. Justamente en Francia, en Inglaterra, y aun en medio de la confederacion Suiza, noble y glorioso fragmento de esa Alemania experimental cuyos trabajos intelectuales están llamados á ejer-

(1) Habla de las tropas suizas que iban á la guardia al gobierno de Carlos X, como en otro tiempo lo dieron á nuestros reyes absolutos.

cer su gran influencia, se alzaba á la sazón una nueva escuela de publicistas, que por el primer artículo de un código proscribían la pena de muerte; y debatíase largamente la cuestión, como se debatirán siempre todas las cuestiones de teoría en los pueblos bastante sabios y ejercitados para divertirse con una paradoja. Sucedió pues que arrastrado, sin sentirlo, por una multitud de argumentos en sentido contrario, me tenía por dichoso en haber hablado á un ahoreado y haber asistido á sus sensaciones de muerte, y me entrecenia al pensar que podía contar la historia de un hombre de otro mundo, sin estar obligado á contentarme con la relación incompleta y oscura de un pariente que marchaba al cadalso. En mi opinión, tenía yo un argumento sin réplica á favor de esta ley penal tan combatida por nuestros sabios, y sólo esperaba una ocasión para desenvolverlo á mi gusto.

La ocasión no tardó en presentarse. En una de las últimas tardes del otoño, pálida y triste como un día de invierno, me encontré en el vasto salón frío y lluvioso de una casa de campo, donde la sociedad era numerosa, bien que compuesta de personas poco animadas las unas para con las otras de esa simpatía activa, que estrecha á los hombres y no les permite contar las horas que pasan. En medio de la habitación se ocupaban en labores de aguja las damas, silenciosas contra la costumbre, y los hombres sólo hablaban por intervalos largos, sin tener nada que decirse; en una palabra, hubiérase perdido la tarde, si la gran cuestión de la pena de muerte no hubiese llegado á arrojarse una pasión interesante en medio de aquel abandono. El choque fué eléctrico, cada cual tenía de reserva un argumento preparado, cada cual hablaba antes de que le llegase su turno y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones; por mi parte, yo aguardaba como hombre diestro que se pasase el primer fuego, y luego que juzgué el instante propicio, conté la historia de mi ahoreado.

La narración produjo poco efecto, pues no era verdadera ni creíble sino en boca del bandido italiano, y hecha por mí se convertía en un cuento sin verosimilitud. Con este motivo la discusión se animó de nuevo, y tal ventaja me llevaban ya mis adversarios, que nada osaba continuar tomando mi defensa; por fortuna, en lo más fuerte de los clamores contra la falsedad de mi historia, arrojó en mi ayuda un poderoso antagonista.

Era este un verdadero musulmán. Del fondo del sofá, económicamente cubierto con una india descolorida, en el cual se hallaba el apoltronado, levantó su cabeza miruosa con una larga barba blanca, y cogiendo gravemente el hilo de la conversación donde yo le había dejado, nos dijo: — Creo sin dificultad que ese italiano haya sido ahorcado, pues que ha sido empalado yo mismo.

A estas palabras sucedió de repente un gran silencio; los hombres se acercaron al interlocutor, y las damas olvidadas de la aguja prestaron atentamente el oído. Acaso habréis observado alguna

vez á las mujeres cuando escuchan en grupo una narración que les interesa, en cuyo caso os habrán admirado con frecuencia su fisonomía que se anima, sus ojos que se abren con grandes son, su seno que se queda inmóvil, su linda garganta que se alza enteramente, y sus manos ociosas que caen con negligencia; pues eso lo que yo solo contemplaba con admiración, aguardando que pluguese al turco comenzar.

— Bendito sea Mahoma! dijo él; pero una vez en mi vida he penetrado entre las esposas sagradas de su alteza.

Aquí comenzó á ser mayor la atención, y advertí que una jóven de quince años que estaba escuchando al lado de su madre, hizo como que rogaba su labor de nuevo; cuando se trabaja, no parece que se escucha.

— Mi nombre es Hassan, continuó el turco, mi padre era rico, y yo lo soy también; como verdadero musulmán no he conocido más que una pasión en mi vida, la pasión de las mujeres, pero cuanto más ardiente era esta, más descontentadizo era yo para elegir las y en vano recorría todos los mercados más célebres, pues jamás encontraba una bastante hermosa para mí. Cada día me presentaban nuevas esclavas, unas negras como el ébano, otras blancas como mármol, pero cada vez salía más descontento del bazar, y no podía decidirme á dar el precio de una hermosa yegua por una mujer mediana. Mis deseos, sin embargo, se irritaban progresivamente, y una noche que me sentí atormentado más que nunca, me atreví á llegar á las puertas del palacio imperial.

Como no pensaba en ocultarme, y escalé los muros de su alteza lo mismo que sino hubiese tenido á su servicio genizaros ni mudos; no fui visto de nadie. Atravesé felizmente las tres impenetrables cercas que defienden el sagrado serrallo, y al volver el día lancé una mirada temeraria á aquel santuario inviolable. Mi sorpresa fué grande, cuando al blanco y pálido resplandor de la aurora pude convencerme de que las mujeres del sucesor de Mahoma se parecían á todas las que yo había visto! Mi desengañada imaginación no podía creer aquella triste realidad, y ya comenzaba á arrepentirme de mi empresa, cuando de repente me prendieron las guardias del palacio. Una vez descubierta, ibales la cabeza á aquellas pobres mujeres á quienes había yo sorprendido dormidas, por lo cual resolvieron no hablar de semejante contaminación á su alteza, y sacándome en silencio del formidable recinto, me condujeron al suplicio que me había merecido.

Tal vez no sabréis, señores, lo que es el palo. Es un instrumento agudo colocado encima de nuestros monumentos y no muy desemejante de esas agujas de pararrayos que habéis inventado, vosotros los europeos, como para desafiar al destino á cada instante. Tratabase, pues, de montarme á caballo sobre el tal palo; y para hacerme guardar mejor el equilibrio, me alaron á cada pie dos botas

de hierro. El primer dolor fué cruel; el hierro se iba entrando lentamente en mi cuerpo, y el segundo sol, cuyos mas ardientes rayos herian las cúpulas brillantes de Constantinopla, no me habría tal vez hallado vivo a la hora del medio dia, si las bolas no se hubiesen escapado de los pies; pero cayeron con estrépito, y siendo ya mas soportable mi tormento, concebí la esperanza de no morir. El ser de Constantinopla es hermoso; es una estensa llanura blanca, salpicada de pequeñas islas cubiertas de verde, y surcada en todos los sentidos por los bageles de Europa. Desde la altura en que me habian colocado vi que Constantinopla era la reina de las ciudades; en aquel momento me cenia yo sobre ella; veía á mis pies sus brillantes mezquitas, sus palacios romanos, sus pensiles y sus vastos cementerios, refugio tranquilo de los bebedores de aguamiel, y en medio de mi reconocimiento invoqué al dios de los creyentes. Sin duda mi súplica fué oída, porque un sacerdote cristiano me arrancó del suplicio con peligro de su vida, me llevó á su cabaña, y me salvó de la muerte. Apenas restablecido, volví á mi palacio; mis esclavos se prosternaron á mis pies; compré al día siguiente las primeras mugeres que se me presentaron; cargué de nuevo mi larga pipa de espuma, y la bañé en agua de rosas; y si alguna vez pensaba en los mudos de su alteza y en su suplicio, era para recordarme eficazmente á mi mismo que es preciso comprar á las mugeres como son, y sobre todo para acordarme con mayor orgullo que Dios es Dios, de que Mahoma es su profeta y de que Estambul es la perla del Oriente.

Así habló el turco; tan larga narracion le habia fatigado, y volvió á dejarse caer con abandono sobre los cogines del solá, tomando de nuevo la voluptuosa actitud de un buen creyente que fuma su pipa á la hora del medio dia. En semejante actitud pintarla yo, si fuese pintor, la calma y la felicidad; porque en mi sentir, nada expresa tanto el reposo como un rico otomano echado sobre una alfombra de Persia, sin pena, sin deseos, sin cálculos, y en aquel afortunado sueño del Oriente que no obliga ni aun á cerrar los ojos, como si esto solo fuese una gran violencia para un mortal.

He observado varias veces, que una historia interesante, referida naturalmente, dispone de un modo maravilloso los espíritus, los estrecha unos con otros por una especie de comunidad de sensaciones, y cambia con frecuencia el aspecto de una tertulia de fastidioso en agradable. Sucede con los hombres lo que sucedía con las alegres comidas que madama de Maintenon daba á sus convidadas, en las cuales una buena y larga historia reemplazaba muchas veces al asado que las faltaba. Así, despues de la narracion algo lacónica del otomano, la tertulia tomó un nuevo aspecto, los concurrentes estrecharon el círculo, y aun el ama de la casa, cediendo quizá mal de su grado á la atraccion general, y abogando en su seno la voz de una economía prudente que le echaba en cara el abrir la

leñera antes de que el almuerzo hubiese anunciado positivamente el invierno, habló de encendernos un poco de lumbre. La proposicion fué unánimemente aceptada; en un abrir y cerrar de ojos se separó de la chimenea el humo de flores amarillas, y el sarmiento encendido hizo reducir los morrillos de cobre, al mismo tiempo que todos los rostros alegres y reanimados por el dulce calor, anunciaban una satisfaccion inesperada. A la verdad, hay un poema descriptivo, todo entero, en el primer fuego del último día de otoño que de improviso concede un gusto anticipado de los placeres del invierno.

Ya brillaba al fin el fuego en el resucitado hogar, y en el momento en que la llama blanca y azul precedida de un buen olor de pino, arrojaba su mayor resplandor, vióse iluminado por ella un jóven que no habia hablado todavía. Estaba sentado en un rincón y parecia no tomar parte en la conversacion sino para hacer resaltar de vez en cuando sus mas notables incidencias por medio de una sonrisa entre afable y burlona, de suerte que en un instante atrajo el interes general. Ademas era jóven y hermoso, con ojos negros y llenos de fuego, y con todos los accidentes de un hombre de gusto y de talento que no se mira en el mundo como superior ni como inferior á nadie. Al momento y por la curiosidad de las miradas que se fijaban en él, conoció que se le exijia una historia, y sin hacerse mas de rogar, alzó la cabeza, apoyó los brazos en el asiento de una jóven colocada casi delante de él, é inclinando la cabeza al lado de aquella otra cabeza tan tierna y tan linda, comenzó su narracion con una voz tan dulce y tan pura que se hubiera creído ser la jóven quien hablaba, si sus labios entreabiertos no hubiesen estado inmóviles, y si ella misma no hubiese tomado la actitud del mas entero recogimiento.

Temo, señoras, dijo el jóven. Esta derogacion inesperada de la regla social que exige se diga siempre señores cuando se habla en público, pareció una novedad picante que las damas agradecieron al interlocutor; y en efecto por medio de esta táctica diestra el jóven se proporcionaba los honores de un coloquio confidencial con las mismas, aislándose del resto de la tertulia; lo cual produjo un murmullo de aprobacion, que le obligó á comenzar de nuevo su frase, bien que como hombre de ingenio lo hizo de otra manera y con mucha menos solemnidad.

Yo, continuó él, no me he visto mas que abogado, pero las circunstancias de mi muerte son áz estrañas. Algunos de entre vosotros conocen sin duda, fuera de los muros de Lyon, uno de los mas hermosos paisajes que el sol alumbrá. Erase un día del estío, uno de esos días en que el cielo está completamente azul y el aire caliente y puro; y yo me hallaba muellemente recostado á orillas del río, ó mas bien á orillas de aquella ribera que de repente ve al Saona juntarse con las corrientes del Rodano, á sus limpidas aguas resistir primero á las

amarillentas aguas de su amante, resistieron mas blandura en seguida, y confesándose por último vencido, confundirse enteramente con su señor y rodar en el mismo lacho. Era la hora del medio día; el calor abrumaba; veíase la onda enteramente diáfana; la gruta entipizada de musgo que flotaba sobre mi cabeza, orgullosa todavía por haber amparado una noche entera al vagabundo Juan Jacobo, estaba rodeada de templados vapores como de un velo trasparente; y para decirlo todo, yo mismo me hallaba entre el sueño y la vigilia en el estado de bienaventuranza de un hombre que toma ópio, y á fuerza de contemplar aquella vasta sábana de agua que de lejos me parecia tan pacífica y tan tranquila, creí ver en el fondo del río, sentada sobre un pedazo de roca, no sé qué imagen fantástica, de ideal y tierna belleza, que me tendía los brazos con una dulce mirada. Mi encanto era inexplicable: la vision se mecia blandamente en el espejo de las aguas, un antiquísimo de la ribera protegía su fresca cabeza con las blancas flores que á él le servían de adorno, y la rodeaba con sus verdes hojas de una vestidura diáfana; y yo estaba inmóvil, encantado, sobrecogido por un amor indecible que realizaba todos mis sueños de la juventud; estaba como en el canto del Tasso que pisa en los jardines de Armida, y como no me hallaba protegido por talisman alguno, caí.

(Se continuará.)

EL DELFIN DE RISSO.

Érase en otro tiempo, á las márgenes del lago Lucrin, una pequeña casucha habitada por dos pobres diablitos, que vivían de sus manos. Si no ricos, eran al menos felices, porque toda su ambicion y deseos se cifraban en dar á su hijo, muchacho de diez á doce años, la educacion que ellos recibieran de sus padres. Así es que cada día le enviaban á la escuela de un pedagogo que vivía á la otra parte del lago; y para ir á ella, tenía el muchacho que hacer un gran rodeo que le hacía perder mucho tiempo.

Probablemente en los tiempos antiguos habia tambien pilluelos como ahora, bien que no podemos decirte, lector, como se les llamaba, pues nada dice sobre el particular el buen Plinio, cuya es la historia que vamos refiriendo. Sea como fuere, pilluelo era el muchacho que nos ocupa; ya que cada día hacia sus novillos, y en vez de ir á recibir la férula á casa del pedagogo regularmente se entretenía en la orilla del agua. Un día halló en la playa un delfín herido por los pescadores, á punto de espirar, y como pilluelos y niños mimados solo una cosa buena tienen, que es el corazón, no fué menester mas para que nuestro héroe se compa-

deciese de los dolores del pobre animal. Un sellorito bien criado y de casa decente lo hubiera tal vez acabado de sacar del agua y muerto para hacer aceite, pero al revés lo hizo el nuestro: lavóle con agua dulce las heridas, dióle á comer el almuerzo que se llevaba á la escuela, y después echó á andar á casa del pedagogo, donde llegó tarde y recibió la férula.

El día siguiente, al pasar por la orilla del lago, en el mismo puesto encontró al delfín, que ya estaba mejor y al cual curó y dió su almuerzo; lo mismo aconteció al otro día, y durante quince consecutivos el muchacho y el delfín se hallaban en el mismo lugar y en la misma hora.

Agradecido el animal, como lo eran todos los delfines de entonces, concibió una viva amistad para su bienhechor, con quien jugaba acariciándole, y aun probaba de salir del agua; mas como no podía, el muchacho se desnudaba y entraba en el elemento de su amigo. Todo iba perfectamente, menos una cosa, y era, que faltando cada día á la hora de la clase, cada día recibía el pilluelo la férula, que acabó por disgustarle. Entonces empezó á no cuidarse tanto de su amigo, y aun se contentaba con decirle buenos días al pasar.

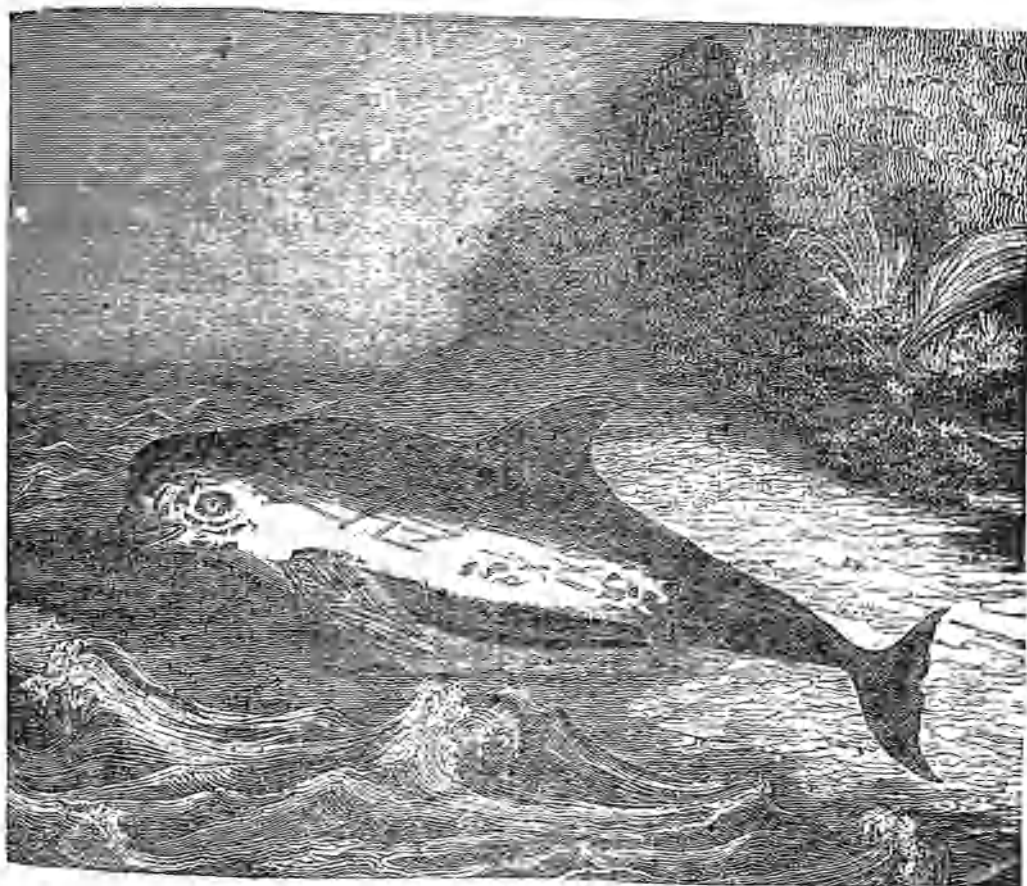
Tienen los delfines vasta capacidad cerebral, de lo que Mr. Federico Cuvier deduce que tienen vasta inteligencia, á pesar de que nadte despues de Plinio lo habia echado de ver. Así es que el animal; mirens vds.! adivinó la causa que abreviaba y disminuía las visitas de su camarada; y por consiguiente, estando un día divertidos con sus juegos, tomó al muchacho sobre su lomo y lo llevó nadando á la otra parte del lago, con lo cual le hizo recuperar el tiempo perdido. Por la tarde vino á tomarlo allí y lo volvió hasta junto á la casa de sus padres; cada día efectuaba la misma travesía, y obedecía á su voz mejor que el perro de caza mas dócil y adiestrado.

Pero ay! todo tiene su fin acá en la tierra, y la implacable muerte así da en lo bueno como en lo malo; mas claro, el muchacho enfermó de una magna calentura, y murió á los pocos días. Ya puedes figurarte, lector carísimo, la desesperacion de sus pobres padres... Sin embargo, no murieron de desesperacion, y el delfín sí señor!!! Por algun tiempo, cada mañana vino á la orilla del lago en busca de su amigo, hasta que no encontrándole muerto de pasadumbre, el mismo mismísimo día que el muchacho; y para completar tan extraordinario lance, á entrambos los enterraron en una misma tumba.

Dice M. F. Cuvier: «Los autores que tan extraordinarias acciones nos refieren sobre los delfines, son sujetos graves, que están convencidos de lo que dicen, etc.» Y á propósito va citando aquel naturalista el delfín de Arion, aquel en cuyo cuerpo oculto Apolo su deidad, el de Hippona, que jugaba con los nadadores y los llevaba sobre su lomo, &c. &c. (*Historia natural de los cetáceos*, por J. Cuvier, p. 97 y siguientes, Paris, 1836.)

En cuanto á nosotros, francamente confesamos, que todo lo que de estos animales nos cuentan Elieno, Plinio, Pausanias y otros antiguos autores, lo miramos como absurdos que no valen la pena, no digo de que se les refute, sino ni de que se les cite. Y á propósito, he aquí una observación particular: si se lee con reflexion la descripción que del delfín nos dan aquellos autores, por poco iniciado que uno esté en el estudio de la historia natural conoce que aquel supuesto delfín era ni mas ni menos que un tiburón, el mas brutal y feroz de todos los peces carnívoros.

Añádase que los delfines no son peces, sino mamíferos, respiran por medio de pulmones y no de agallas, paren hijos vivientes y no huevos, nunca tienen sobre la piel ni una sola escama, y si pelos á veces, y en fin se parecen en todo á nuestros cuadrúpedos terrestres, menos en las patas, que ordinariamente están ocultas dentro de la piel, y rematan en una mano plana, membranosa y como una nadadera. Por lo demás, sin tener la fuerza ni la brutalidad del tiburón, estos animales son tan voraces como él, y diga lo que quiera Mr. Cuvier, no exceden en inteligencia á los peces.



El Delfín de Risso.

Diviéndolos los naturalistas en delfines, propiamente tales, que tienen largo el hocico y armada la boca con terribles dientes, y en *mersoplas*, de cabeza redonda, casi esférica y sin hocico.

El que damos en la lámina es el delfín de Risso (*Phocoena rissoni*, F. Cuvier,) que los naturalistas colocan en la clase de las *mersoplas*. Hállase en el Mediterráneo, y alcanza de nueve á doce pies de largo. Las hembras son de un color pardo

uniforme, y los machos de un blanco azulado, unos y otros tienen rayas mas oscuras, sembradas irregularmente por todas las partes superiores del cuerpo, y á primera vista semejantes á rasguños hechos con zarzas; los machos llevan manchas irregulares de un pardo oscuro debajo de la mitad posterior del cuerpo, dos rayas pardas guarnecen la parte superior é inferior de la boca, y un cerco del mismo color rodea el ojo.

OBRAS POSTUMAS

DE

DON MANUEL SILVELA,

LAS PUBLICA CON LA VIDA Y EL RETRATO DEL AUTOR,

SU HIJO

DON FRANCISCO AGUSTIN SILVELA.

Prospecto.

El nombre que ponemos al frente de este prospecto, es ya sobradamente conocido para que no nos creamos dispensados de tener que ensalzarle con nuestros elogios. Varias obras publicadas le han asegurado un lugar distinguido en la república literaria; y solo faltaba para elevarle á la altura á donde le corresponde estar, que fuesen también conocidas las restantes producciones que, por las calamidades de los tiempos, no han podido aun ver la luz pública. Tal es la fácil y grata ocupación que nos hemos impuesto, y con la cual nos parece consultar á un tiempo la fama del autor, y el interés del país, que le tiene siempre en ostentar el mayor número de españoles eminentes en virtud y ciencia.

Comprende esta colección, además del **Discurso preliminar de la Biblioteca selecta de Literatura Española**, de las **Noticias biográficas** de buena parte de nuestros autores clásicos, y de las **Cartas de un refugiado**, obras anteriormente publicadas, todas las demás de su pluma feliz que han podido sustraerse á la severidad de su depurado gusto á saber: la **Vida de Moratin**, sus **Sentencias**, dos composiciones dramáticas, el **Reconciliador**, y el **Doctor Utrera**; y sus poesías en varios géneros, pero particularmente en el lírico moral; sus églogas, himnos, epigramas, fábulas y cuentos.

Se inserta al frente de esta colección un resumen de la vida y escritos del autor; y se ha ilustrado con notas la obra entera en cuantos lugares se ha creído necesario.

Consta de dos tomos de más de 350 páginas cada uno, en 8.º mayor, impresión elegante y papel esquisito, con el retrato del autor perfectamente litografiado en papel de china. El tomo primero está ya de venta, y el segundo quedará terminado para el 15 de agosto próximo. El precio de toda la obra es 50 rs. en Madrid, y 34 en provincia, franco el porte, encuadernada á la rústica con una bonita cubierta.

AVISO IMPORTANTE.

En virtud de un convenio especial con el señor don Francisco Agustín Silvela, podemos ofrecer á nuestros suscritores á la **Biblioteca popular** ó al **Museo de las Familias**, las obras anunciadas, con una tercera parte de rebaja; es decir, en 20 reales los dos tomos con el retrato, en Madrid, y 24 en provincia, á condición de abonar los dos tomos de una vez, y hacer el pedido antes de 31 de agosto próximo, fecha en que termina el referido contrato, y no estará en nuestra mano poder complacer á los que se hayan descuidado. El tomo primero se remitirá inmediatamente después de recibir el pedido, y el segundo en la primera quincena de agosto venidero. Se suscribe en Madrid en el Gabinete literario calle del Príncipe, y en las provincias en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor de esta publicación.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,
calle del Sordo, núm. 11.